

apercibidos para vencer las tentaciones y peligros de que está sembrada la vida (1), y cumplir sus santos mandamientos y perseverar en su servicio hasta la muerte. También debemos emplearla en fomentar entre nosotros la unión y caridad, tan amadas y encarecidas por Jesucristo (2), y tan necesarias para conservar la paz y armonía que deben reinar siempre entre nosotros. Asimismo debemos servirnos de la lengua para confesar nuestros pecados con el corazón contrito y humillado, y pedir á Dios que nos otorgue el perdón de ellos y nos asista con su gracia para no volver á cometerlos (3). Después de reconciliados con nuestro Padre celestial, y al acercarnos devotos al sagrado convite de la Eucaristía, ¿cuál es el medio que empleamos para recibir á Jesús Sacramentado sino la lengua, tan suelta y desenfrenada muchas veces?... Este pensamiento debería confundirnos si tuviésemos fe viva. Sí, hermanas mías; la lengua es la primera que sale á recibir al Esposo; en ella descansa antes de bajar á nuestro corazón, y como dirigido y acompañado por ella, entra en nuestro pecho la Soberana Majestad hecho hombre, para morar con nosotros en esta estrecha cárcel del cuerpo, y consolar nuestras tristezas (4), y enjugar nuestras lágrimas, y alumbrar nuestras tinieblas (5), y reiterarnos sus promesas de vida eterna si perseveramos en su amor y servicio hasta la muerte. ¿Columbráis ahora por qué quiso Dios rodear nuestra lengua de tan minuciosas precauciones? ¿Comprendéis la exquisita vigilancia que exige este precioso miembro de nuestro cuerpo, para que se halle siempre santificado y apercebido para recibir á Jesús, que tanto desea nuestra compañía y nuestro amor?... (6).

3.º Por último, debemos servirnos de la lengua «para

(1) I. Joann., II, 16.

(2) Joann., XIII, 35; Joann., XVII, 11.

(3) Matth., VI, 13.

(4) Psalm. XC, 15.

(5) Psalm. XXXIII, 6; II. Reg., XXII, 29.

(6) Prov., VIII, 31.

«edificación y provecho espiritual del prójimo», y este es su tercer oficio. No necesito encareceros el sumo cuidado que debemos poner á fin de que no se deslicen de nuestra boca palabras que puedan desedificar á aquellos con quien tratamos. No ignoro, hermanas mías, cuán difícil es el tener siempre á raya la lengua, de tal suerte que no hallemos falta alguna de qué arrepentirnos después de haber hablado largamente, pues dice el Espíritu Santo en los Proverbios, que *en el mucho hablar no faltará pecado* (1). Convencido el real Profeta de esta verdad, y deseando no ofender á Dios ni aun con palabras ociosas, exclama: *Pon, Señor, guarda á mi boca y una puerta con que se cierren mis labios* (2). Advertid, dice San Gregorio, que no pide David á Dios que ponga una pared á su boca y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abra y se cierre, según las circunstancias de tiempo, lugar, modo y personas con quien hablamos. Y si bien nosotros no es de presumir que faltemos gravemente en esta materia, pero, hermanas mías, como quiera que por nuestra nativa fragilidad podemos faltar hablando ociosamente ó fuera de tiempo sin necesidad, ó impulsados por la curiosidad de saber lo que no nos atañe, bueno es tomar en cuenta que el que mucho habla, el que no guarda orden ni concierto en el hablar, se expone á ofender á Dios ó al prójimo y por lo menos pierde un tiempo precioso que debería emplear en cosas de alguna utilidad, y del tiempo, como de todos los demás bienes que hemos recibido de Dios, somos administradores (3) y no propietarios absolutos, de tal suerte que podamos emplearlos á nuestro arbitrio; y por ello el día del juicio *daremos estrecha cuenta de todas y cada una de las palabras ociosas* que hayamos proferido, dice

(1) Prov., X, 19; Eccli., XX, 8.

(2) Psalm. CXL, 3.

(3) Luc., XIX, 13; Luc., XVI, 2; Rom., XIV, 12.

Jesucristo por San Mateo (1). Reparad que no dice de toda palabra injuriosa, torpe, escandalosa ó denigrante—porque éstas ya se sabe que han de ser juzgadas con rigor,—sino también de toda palabra ociosa, entendiendo por palabras ociosas aquellas de las cuales ningún provecho saca el que las dice ni quien las escucha. Para evitar estos peligros, hablemos de Dios con frecuencia en casa y fuera de ella, edificándonos mutuamente y estimulándonos á cumplir nuestros deberes con fervor y rectitud de intención, procurando, en ocasión oportuna, derramar también esta buena semilla en el corazón del prójimo extraviado, pintándole con vivos colores la vanidad y mentira del mundo (2), los bienes que atesora la virtud y la suavidad y delicia de los caminos de Dios (3). Veis aquí los deberes que tenemos respecto al uso de la lengua como cristianos.

Como religiosos. Pero sube de punto el deber de refrenar la lengua cuando se trata de personas consagradas á Dios y obligadas á aspirar á la perfección. Y á la verdad: muchas veces habréis oído decir que la lengua es el espejo del corazón, y así es, pues, como dice Jesucristo por San Mateo, *de la abundancia del corazón habla la boca* (4). De manera que, por el lenguaje—comúnmente hablando,—traslucimos la bondad ó malicia del corazón humano. «Habla—»dijo Sócrates á un joven que tenía gran fama de sabio,—»habla para que te conozca». A serias reflexiones convida, hermanas mías, este hecho. Tengo para mí que la religiosa debe aparecer á los ojos del mundo como un arcano, como un misterio, como un sér bajado del cielo sin padre, ni madre, ni genealogía, según leemos en la divina Escritura del Sumo Sacerdote Melquisedech (5); sólo así será amada, respetada

(1) Matth., XII, 36.

(2) Psalm. XXXVIII, 6; Ecclesiast., I, 2; Psalm. IV, 3.

(3) Psal. CVIII, 32; Psal. XXXIII, 9; Sapient., XII, 1; I. Joann., V, 3.

(4) Matth., XII, 34; Luc., VI, 45;

(5) Hebræ., VII, 3.

y aun venerada y puesta por modelo y ejemplar á las gentes del siglo. Y como la lengua es el medio por donde se desagua, digámoslo así, el corazón, por donde manifiesta éste sus sentimientos, sus deseos y aun sus vicios y virtudes, resulta que si la lengua no se refrena, si no se meditan antes maduramente las palabras, es sumamente fácil que se deslicen algunas que nos delaten, que nos acusen, que revelen algunos de nuestros defectos y miserias, y entonces los que nos aman, los que nos reverencian, los que se encomiendan á nuestras oraciones porque nos creen perfectos y santos, insensiblemente se apartarán de nosotros negándonos su confianza, su amistad, su amor y veneración, porque, como sabéis muy bien, las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran (1).

Por misericordia de Dios, todavía influye poderosamente en el ánimo de los mundanos de buen sentido el proceder de la religiosa, y no pueden menos de encomiar su abnegación y sus virtudes. Sin duda habréis observado lo que acontece á estos sujetos cuando por vez primera visitan alguna de vuestras casas. Lo que más les encanta al poner los pies en una de estas moradas, es la paz y el silencio que en ella reinan y un cierto aroma de suavidad y pureza que se respira, como si Dios estuviese allí más íntima y familiarmente presente; aquella soledad y silencio levanta el espíritu y mueve á devoción á los que entran; todo en aquella casa les causa una impresión indefinible, que bien puede llamarse la huella de Dios en el corazón; todo allí les edifica y encanta, é indúceles á exclamar con el patriarca Jacob: *Verdaderamente el Señor mora aquí: esta es Casa de Dios y puerta del cielo* (2), y salen de estas casas edificados y devotos, como si salieran de un templo. Pues bien: ¿sabéis á qué debe atribuir-

(1) Eccli., IV, 29.

(2) Génes., XXVIII, 17.

se en gran parte la grata impresión que suelen causar estas visitas?... Ya lo he dicho: al silencio que reina en estas moradas de Jesús y á la encantadora modestia de sus esposas, ya que estas virtudes sólo hallan albergue en las casas religiosas.

Por el contrario, si en estos recintos sagrados no se cuida de poner freno á la lengua, á lo menos en las horas prescritas en las Reglas; si no reina en ellos el silencio—que es como el aroma de la virtud—no parecen casas de Religión, sino de seglares, dice el P. Rodríguez (1); entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con esas conversaciones; entonces es el perder tiempo y hacerlo perder á las demás, y otros muchos inconvenientes que de ello se siguen. Y luego á la hora del examen acuden en tropel todas estas faltas, ocasionadas por las demasías de la lengua, para acusarnos de inobservantes é inmortificados, y plegue á Dios que no sirvan para ir ensanchando poco á poco los severos límites de la conciencia, y enflaqueciendo las fuerzas del espíritu; y fomentando en el corazón el cansancio y la tibieza, si no se procura atajar pronto esta mala costumbre con el arrepentimiento y la enmienda. Y esta es otra razón que debe movernos á practicar con esmero esta virtud del silencio.

Sí, hermanas mías; aunque sólo fuera por los daños que ocasiona al espíritu la locuacidad, deberíamos empeñarnos en mortificar la lengua, porque es imposible—entendámoslo bien—es imposible que dé un paso en el camino de la perfección quien no trata seriamente de mortificarse en este punto. No lo digo yo; yo no hago más que repetir las terminantes palabras del apóstol Santiago, que nunca debemos olvidar. Escuchadlas: *Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, porque es vana su religión* (2). No

(1) Part. 2, trat. 2, cap. 6.

(2) Jacob., I, 26.

lo extrañéis, pues no hay cosa que más enfríe y disipe el corazón que la libertad y el desconcierto en el hablar. *El hablador*, dice el Profeta, *no será enderezado en la tierra* (1); esto es, no medrará, no crecerá en la virtud; se ha derramado como agua, ha derramado y vaciado su corazón por las puertas de la boca y de los sentidos, y no crecerá, no esperéis de él grandes progresos en la virtud (2), porque es moralmente imposible que el que anda mendigando consuelo de las criaturas—y esto busca quien mucho habla—pueda hallarse apercebido para tratar con Dios de lo que atañe al bien de su alma. En efecto: Dios ha prometido hablar al alma para enseñarla las escondidas sendas de la perfección, pero ha puesto por condición el retiro y el silencio: *La llevaré á la soledad, y allí la hablaré al corazón* (3). Allí, en el retiro, en la soledad, en el silencio la consuela, y la regala, y la instruye y la perfecciona. Y esta soledad, dice San Bernardo, no es corporal, sino espiritual; es la soledad y recogimiento del corazón; allí es donde Dios nos habla, y este trato y comunicación divina insensiblemente nos va despegando y desasiendo de las vanidades del mundo y aficionándonos más á Dios y á las cosas de su servicio. Y esto lo muestra la experiencia, porque cuando salimos de la oración devotos y recogidos, porque el Señor nos ha hecho en ella alguna merced, ¿no es verdad que sentimos repugnancia de hablar con los demás y que apenas osamos alzar los ojos á una parte ni á otra, sino que parece que nos han echado un candado á la boca y á todos nuestros sentidos? (4). Entonces no buscamos consuelos exteriores, porque los tenemos en nuestro interior; entonces, dulcemente heridos en el corazón (5), pasaríamos horas enteras recogidos con nuestro Dios, porque el amor

(1) Psal. CXXXIX, 12.

(2) Génes., XLIX, 4.

(3) Osee, II, 14.

(4) Rodríguez, part. 2, trat. 2, cap. 5.

(5) Cant., IV, 9.

busca soledades para gozar sin testigos de las inefables caricias del Amado, y escuchar su voz (1), dulce como de Esposo (2), y contemplar extasiado la hermosura incomparable de su rostro (3) *que no se sacian de mirar los ángeles* (4), y constituye el encanto y la felicidad de los bienaventurados (5). Si buscamos, pues, á Dios, sabemos dónde hemos de hallarle indefectiblemente, teniendo limpia conciencia (6), porque es muy amigo de la soledad y del silencio, y muy enemigo de la locuacidad y del tumulto (7). Tan cierto es esto, que aun para hacer oración decía Jesucristo á sus Apóstoles que no empleasen muchas palabras: *Cuando orareis, les decía, no habléis mucho, como hacen los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos* (8).

¿Decís que la perfección de la religiosa no estriba en esas prácticas exteriores de andar recogidas y modestas, de no hablar demasiado, etc., sino que consiste en la práctica de las verdaderas y sólidas virtudes? Confieso, hermanas mías, que la perfección esencial consiste en la limpieza del corazón y en la caridad y amor de Dios (9), y no en estas cosas exteriores; pero tened entendido que no alcanzaremos esa perfección si no procuramos mortificar nuestros sentidos, especialmente la lengua. Cierto que no está la perfección en la guarda de la lengua y de los sentidos; pero no lo es menos que alma aficionada á ver, oír y hablar no logrará jamás la perfección ni la pureza de corazón; lo dice el Espíritu Santo (10). Si no, decidme si conocéis alguna persona habladora que sea muy contemplativa y espiritual; ni aun aprovechada la veréis. *¿Por ventura el hablador será rustificado?*, dice el Santo Job (11).

(1) Psal. XLIV, 11.
 (2) Cant., II, 14.
 (3) Psal. XLIV, 3-5.
 (4) I. Petr., I, 12.
 (5) Psal. XVI, 15.
 (6) Matth., V, 8.

(7) III. Reg., XIX, 11; Isai., LXV, 19; Matth., XII, 19.
 (8) Matth., VI, 7.
 (9) Eccli., I, 20; Rom., XIII, 10.
 (10) Prov., XXI, 23.
 (11) Job, XI, 2.

Aprendamos de Jesucristo, que es el modelo que nos ha dado el Padre celestial (1). Desde los doce años hasta los treinta no tenemos en el Evangelio cosa escrita de su vida santísima, porque quiso dedicar todo este tiempo á darnos una lección muy principal que nos convenía aprender, que es el silencio, y éste nos enseñó callando treinta años—á pesar de ser la Sabiduría increada (2)—y escogiendo sólo tres para enseñar á los hombres el camino del cielo. En cambio nosotros, dice San Bernardo (3), creyendo saber mucho, no podemos callar; ni nos tenemos por sabios, si los otros ignoran lo que sabemos. De suerte que todas nuestras habilidades, por pequeñas que sean, querríamos que fuesen publicadas en las plazas. No ha de ser éste nuestro proceder en adelante, con ayuda de la gracia. Como cristianos y como religiosos estamos obligados á enfrenar nuestra lengua, la cual, en sentir del apóstol Santiago, *está llena de mortal veneno* (4). Por tanto, procuremos no hablar sino en alabanza de Dios, en utilidad propia ó en provecho y edificación del prójimo. Para ello pidamos á Dios con el Profeta *una puerta de circunstancias*, á fin de que se abran y cierren nuestros labios sin menoscabo de la Ley santa. Haciéndolo así, *tendremos bien guardada nuestra alma*, dice el Espíritu Santo (5); evitaremos muchas faltas de caridad, nos dispondremos mejor para hablar con Dios en la oración, haremos grandes progresos en el camino de la virtud y mereceremos que Dios recompense nuestros sacrificios con una corona de gloria en la patria de los santos.

(1) Exod., XXV, 40; Act. VII, 44; Hebræ., VIII, 5.
 (2) Coloss., II, 3.

(3) Sermo I, de Epiphan.
 (4) Jacob., III, 8.
 (5) Prov., XIII, 3.

